

VI

LA SOBRINA DEL TÍO BAUTISTA

Ya relatamos la triste aventura ocurrida á la pobre Berta.

Asqueada de servir en casa *non sancta*, salió á la calle y quiso hacer aprehender al emperador. Luego cayó desmayada y la fortuna quiso que pasara por allí el enano Magno, quien la recogió y después de haberse comunicado ambos la desconfianza que les inspiraba Málaga, resolvieron ir á la botica para buscar las huellas del infortunado Juanillo. Vanamente lo intentaron y separáronse luego, yendo Magno á las caballerizas y Berta á la cabecera de la señorita Lefébure, que por fin había despertado de su letargo y quien le comunicó en seguida que Magno había pedido su mano. Berta no pudo contener la risa, mas viendo que su hilaridad contrariaba visiblemente á la señorita Lefébure, díjole con tono cariñoso :

— En realidad de verdad no veo porqué no os habríais de casar con él : no es feo y tiene ojos hermosos é inteligentes. A menudo se vé que enanos se casan

con mujeres gigantes, y vos no sois muy grande que digamos.

— No lo niego. Pero rehusé su ofrecimiento porque tiene tres manos y mientras os estrecha con dos, no sabe una por donde anda la tercera.

Berta no insistió.

— Abandoné mi empleo. ¿Sabéis dónde estaba? En casa del emperador.

— ¿Y abandonasteis puesto tan bueno?

— Sí, porque no estaba en casa de la emperatriz.

— Comprendo, contestó severamente la señorita Lefébure.

Berta se despidió diciendo que iba á buscar sus cachivaches y tomó la dirección de Annagasse, pero en el camino se encontró á Málaga cargado de paquetes con dirección al correo, é instintivamente resolvió seguirlo, sin que él lo advirtiera.

Oyó que Málaga decía al empleado : « para el reverendo padre prior del convento de los serafines, en Zelle de Brisgau », y recordó el paquete en que había escrito « Zelle » y que había tenido entre las manos.

Otro iba dirigido á Ismaïl, camarero de confianza del emperador.

— Es curioso, pensó Berta, no puedo dar un paso sin tropezarme con gentes que tienen algo que ver con el emperador ; y continuó su camino resuelta á despedir á la señora Titina en la forma que se lo merecía.

Al llegar al Annagasse vió con asombro que en la puerta esperaba un ómnibus de ferrocarril cargado de baúles y maletas. Entró sin hacer caso de las observaciones del portero y una vez en presencia de la Señora Bleichreider, oyó que ésta le decía :

— ¿Tenéis listo el baúl, señorita?

— Ya lo creo que sí.

— Hacedlo bajar entonces.

— ¿La señora se marcha?

— Sí y vos venís con nosotros. Vamos á veranear en Zelle de Brisgau.

Zelle de Brisgau!... También la perseguía ese nombre!... Todo se confundía en su imaginación: Málaga, el emperador... Zelle de Brisgau, la desaparición de Juanillo!... y sentía que una voz interior le gritaba: « Ve á Zelle de Brisgau ».

Obedeciendo al impulso, sin reflexionar, marchóse Berta á Zelle de Brisgau con el bastardo de Austrasia.

Ese día, antes de marcharse de Viena, supo Berta por la domesticidad que *el coronel* no tardaría en ir á reunirse con Titina en Zelle de Brisgau. Dejó decir que no podían vivir el uno sin el otro, porque se adoraban tiernamente.

¿Cómo conoció el emperador á Clementina?

Ocho años antes de los acontecimientos que relatamos, iba el emperador de paseo cuando vió en una esquina que dos oficiales ebrios estaban haciendo llorar á una encantadora joven, aterrada por el atrevimiento de sus galanteos.

Interpúsose el emperador y como no lo reconocieran los oficiales, hizo una señal á los policías de seguridad que siempre lo seguían en sus paseos y éstos aprehendieron á los oficiales.

El emperador ofreció su brazo á la bella que era rubia, esbelta y de regio continente; lo que vulgarmente se llama « un bocado de rey ». Esta le suplicó que la condujera á la estación más próxima de ómnibus, pues tenía prisa en regresar á su casa porque su tío, con quien vivía, era de muy malas pulgas y no le gustaba que entrara tarde.

El emperador reconoció en joven á una obrera deal

su tapicero á quien ya había tenido ocasión de admirar al través de los vidrios. Preguntóle con cariño:

— ¿Es muy bravo vuestro tío?

— Oh! caballero, respondió la joven exhalando un suspiro, creo que me quiere mucho, pero me refriega demasiado las bondades que ha tenido para conmigo.

— Os acompañaré hasta la casa y hablaré con vuestro tío.

La joven suplicóle que no hiciera tal cosa porque con ello no conseguiría sino exasperar el mal humor del viejo.

Insistió el emperador y tomaron el ómnibus que les dejó frente á la casa situada en la Leipzigerstrasse, en las cercanías de esa calle del Agua del Emperador que más tarde había de ocupar un puesto tan preponderante en las aventuras de la casa de Austrasia.

Subieron una escalera de escalones grasientos y oía la atmósfera al « gulasch » que preparaban en esos modestos apartamentos. No le importaba ello un bledo al emperador porque junto á él tenía el talle más esbelto del imperio y no debemos olvidar que siempre fué admirador de la belleza femenina y que la experiencia le había enseñado que la virtud no se anida siempre en los palacios.

Entraron al apartamento y un hombre que componía relojes con una visera verde sobre los ojos, exclamó con voz apagada y enronquecida:

— ¿Ya estás ahí, Clementina?

Cuando vió que había un extraño, volteó la pantalla de modo que la luz iluminara el semblante del extraño y él quedara en la sombra.

— ¿Quién está ahí? preguntó. ¿Qué deseáis, caballero?

— Voz más extraña, pensó el emperador. Parece haberla oído en otra parte.

Clementina explicó lo sucedido y agregó que ese caballero había tenido la amabilidad de venir á acompañarla, temiendo una nueva agresión por parte de los oficiales.

Contestó el viejo de mal humor, enronqueciendo cada vez más la voz, de tal modo que el emperador acabó por no preocuparse más : Dijole al viejo :

— ¿Queréis hacerla llorar más, viejo verdugo?

— Que llore, contestó el tío. Bien sabe ella lo que le espera si no se conduce bien. No la he educado para que deshonre á la familia.

Y dirigiéndose á la joven, dijole :

— Andate á tu cuarto.

La joven obedeció y al abrir la puerta pudo ver el emperador una modesta alcoba virginal, sumamente aseada y con una imagen de la virgen sobre la cabecera de la cama.

Una vez á solas, díjole el tío Bautista al extranjero :

— Sentaos, caballero, y no os asombre que trate con dureza á mi sobrina. Lo hago para evitarle que dé un mal paso. No faltan corruptores en Viena y sería triste que el día menos pensado no volviera á casa y se lanzara en una vida de aventuras que no la haría feliz... Porque Ud. debe comprender que son muchos los gastos que se hacen para educar á una joven... sobre todo cuando se le ha enseñado á leer y á escribir... y hasta á tocar música...

— ¿Sabe tocar música? preguntó el emperador, intrigado por las últimas palabras del vejete.

— Toca lo que le da la gana y canta como los propios ángeles. Desgraciadamente nos vimos obligados á

vender el piano ahora dos meses porque los tiempos que corren son muy duros.

— ¿Si no me equivoco trabaja en casa de un gran tapicero del Graben?

— Sí, señor, mas yo nada gano. La alimento bien, la visto casi como á una princesa y yo no como sino patatas cocidas y visto andrajos!... Pero en fin, mi hermana que está en el cielo debe ver con dicha que nada le falta á su hija!... Quizás encuentre un marido...

Calló al pronunciar esa última palabra, y Francisco, que no lograba verle los ojos al través de la visera, decidióse á preguntarle :

— ¿Y si encontrara un amante serio?

El sujeto no respondió enseguida. Cercioróse de que estaban bien cerradas las puertas y luego, después de sentarse, exclamó :

— Un ángel como ese cuesta caro!...

— Pues bien, volveremos á hablar del asunto, respondió el extranjero levantándose. Ya en la calle pensó : « Es muy sencillo, estas gentes me representan una comedia... Pero la chica vale la pena! (1) »

Por la noche obsesionólo la imagen de Clementina sin dejarlo dormir.

Al día siguiente salió vestido en la misma forma, guardando el mismo incógnito, y fuese á esperarla al Graben. Tan pronto como ella lo divisó, hizole señal que la siguiera y una vez que se hallaron en una callejuela desierta hablóle ella en esta forma :

— Caballero, no volváis nunca á casa de mi tío. Ya

(1) El señor Victor Tissot relata una aventura ocurrida al popular soberano de Austria, José II, que recuerda singularmente la de Francisco de Austrasia, con la única diferencia que habiendo sido sorprendido José II por el novio de la chica estuvieron á punto de batirse en duelo y el soberano renunció á la muchacha haciendo además la felicidad de los enamorados.

sé lo que aguarda de mí y porqué vigilaba mi virtud con tantas precauciones. Espera venderme lo más caro que ello le sea posible; es un miserable! Bien es cierto que sin él me habría muerto de hambre desde hace tiempos; cuidó á mi madre enferma y se hizo cargo de mi educación. Todo se lo debo, ay!... mas no importa, jamás le pagaré sus servicios prostituyéndome y os juro que no me entregaré sino al hombre que ame de veras. Y como á nadie amo he resuelto meterme á un convento. Así lo ofrecí anoche á la virgen, después de que mi tío me hizo conocer sus infames proyectos. Caballero, vos parecéis un hombre bueno y además me habéis prestado servicio. No puedo pagaros sino advirtiéndooos que mi tío es capaz de cualquier bellaquería y tratará de explotaros. Obrad con cautela, caballero!... y no volváis á pisar nunca la casa de mi tío!... Adiós y tened compasión de mí.

Dicho esto salió corriendo la chica y quedóse el emperador más prendado que nunca. Puso en movimiento su policía particular y por ella se enteró de que desde hacía dos años habían venido á instalarse á Viena tío y sobrina sin que se pudiera decir que su conducta no era intachable. El tío era relojero, profesión que ejercía y en cuanto á la sobrina pasaba por una virtud granítica en todo el barrio.

Una noche, al regresar Clementina á su casa, encontró á su tío con el extranjero del Graben. Enrojció la chica y apoderóse de ella tal emoción que se vió obligada á buscar apoyo en un asiento para no caer:

— Oh! caballero, murmuró ella, ¿no os dije que no volviérais más por aquí?

— Siéntate, necia, y escucha sin chistar. Y sobre todo no hagas la boba cuando yo haya hablado. Eres una chica honrada, de lo cual respondo yo. Juzgo que has

de hacer la felicidad del hombre que sepa apreciarte. Este caballero desea conseguir esa felicidad y como no le es posible casarse contigo, podrás servirle de compañera sin perder la estimación de tu viejo tío siempre y cuando que le seas fiel como una esposa honrada. Es preciso hablar claro; no tienes dote y en esas condiciones sólo podrías casarte con algún empleadillo que uniría su miseria á la tuya y ningún apoyo podría prestarle á la vejez de tu tío. Asociándote lealmente á la vida de este caballero, él se encarga de la dote, puesto que te dará cien mil florines como primera providencia y además me asegura mi vejez dándome ciento cincuenta mil florines que me parecen bien ganados.

Una vez que hubo terminado su discurso el tío Bautista, Clementina, pálida como una muerta, no respondió nada y marchóse á su cuarto sollozando. El tío la siguió y Francisco oía que éste le hacía reflexiones, la imploraba, la amenazaba ferozmente y que por último salió con aire desconsolado, exclamando:

— No es posible lograr nada de semejante chica! La he educado demasiado honradamente! La culpa es mía, después de todo. Dice que se consagrará eternamente á la virtud y que se meterá á un convento. ¿Qué será de mí?

— Yo mismo he de hablarle, dijo el emperador; y entró al cuarto de Clementina. Momentos después salían los dos juntos.

Francisco dijo:

— Clementina ha escuchado mis reflexiones y está pronta á hacer cuanto yo diga.

— ¿Cómo pudisteis convencer á esa chica tan testaruda?

— No es testaruda, replicó Francisco, sino honrada. Es preciso hablarle honradamente. Yo me postré ante ella de rodillas y le dije:

« — Clementina, mi único propósito al ofreceros cien mil florines á vos y ciento cincuenta mil á vuestro tío, es libertaros de ese viejo sapo con antiparras verdes que sólo piensa en monetizar vuestra virtud. A mí nada me debéis y nada he de pedir os! Os lo juro por esta Virgen que os ha visto llorar tan á menudo!

El viejo exclamó siniestramente :

— Educad hijos... dadles el trabajo de los días y de las noches y veréis cómo os recompensarán!... En fin, caballero, yo soy un hombre honrado y os la doy por el precio estipulado.

— Está bien, contestó el emperador, os pagaré pero con la condición de que no volveréis á verla.

— No quieres volver á verme! exclamó el viejo.

Clementina movió negativamente la cabeza y púsose á llorar...

— Sin embargo, sólo beneficios te he hecho yo, murmuró el viejo.

— Caballero, dijo Francisco, pongamos punto final. Y sacando dos manojos de billetes, entregó el uno al viejo, que lo asió ávidamente y el otro á Clementina, que lo arrojó á los pies del viejo con profundo desprecio.

— Adiós, tío, tomad ese dinero y nada os debo!... Yo no lo necesito porque en toda ocasión sabré ganarme la vida!

El emperador exclamó :

— Oh! bella y noble criatura, la más digna de ser amada! Si fuera rey, le ofrendaría mi corona!

Dió el brazo á Clementina y condújola á una casa modesta pero muy decente que le había preparado en la Thuberstrasse, con ventanas sobre un risueño jardín. Toda la domesticidad se componía de un camarero y una sirvienta.

Clementina, de gustos muy modestos, púsose á llorar

y preguntaba qué había hecho ella para merecer tales regalos.

— Por lo mismo que nada habéis hecho, contestóle el emperador, podéis aceptarlos sin desdoro y puedo ofrecéroslos sin deshonor.

— Tendría que consultarlo con mi confesor, contestó la joven.

Y sin malicia dió las señas del padre jesuita con quien tenía costumbre de confesarse. Resultó que el padre opinaba de acuerdo con el emperador, es decir que su virtud tenía derecho á ser recompensada y por el mismo motivo aceptó una renta que la eximió de trabajar en la tapicería.

Francisco la visitaba de día, pero veía con pena que su empresa amorosa poco avanzaba.

Supo por su policía secreta, no sin asombro por su parte, que Clementina recibía de noche, con bastante frecuencia, á un sujeto.

Arreglóselas para sorprender la pareja esa misma noche y con efecto, presentóse en casa de Clementina y se encontró con un joven que hacía trabajos de tapicería y con un viejo tío de verdes antiparras que leía el diario de la noche.

Fué tal su alegría que olvidó la infamia del tío Bautista y le tendió la mano. Pero éste no le contestó el saludo y le dijo en tono de mal humor :

— ¿Caballero, qué venís á hacer en casa de mi sobrina á estas horas? ¿No os basta el día? Bien podríais dejarme la noche.

Francisco se contentó con ponerlo de patitas en la calle y viendo que Clementina lloraba, preguntóle si era él quien le causaba esa pena. Contestóle ella que no y que si recibía al tío Bautista era porque no podía despedir definitivamente á la persona que asistió á su

madre moribunda y que le había dado educación á ella. Díjole además que si Francisco prefería visitarla de noche, ella diría á Bautista que no viniera sino de día. Al oír esas palabras, el emperador sintió que su corazón palpitaba aceleradamente; abrióle los brazos y ella se precipitó en ellos con las mejillas encarnadas. Francisco salió muy de mañana y regresó al palacio por el Prater silbando como un chiquillo mal educado.

Meses más tarde abandonaba Clementina la modesta vivienda de Thuberstrasse por la suntuosa mansión de la Annagasse; sabía ya que su amante era el propio emperador y cuando hubo nacido el fruto de sus amores, emperador y burguesa se amaban más que nunca.

Eduardo era un chiquillo encantador y orgulloso. Soportaban de vez en cuando la presencia del viejo Bautista, que adoraba á su sobrino, comíasele á caricias y en veces lo mordía, detalle que explicaba la aversión del chiquillo por el viejo.

VII

CÓMO SE VOLVIÓ CIEGA MYRRA

Volvamos á la Hofburg y penetremos de nuevo en el cuarto de la princesa Regina donde dejamos á Reginaldo conversando con la joven de manera tan hostil. Reginaldo declaraba á Regina que le mataría su novio, el Príncipe Rojo! Ella, burlona, decía:

— ¿Cómo te las arreglarás para matarlo?... Antes de que hubieras tenido tiempo de matarlo ahora rato en la biblioteca, te habrían caído encima más de cien guardas, sin contar que él solo es más fuerte que tú y te habría pulverizado en un momento. Felizmente para tí, yo, la Astucia, estaba con él y pude darte tiempo para huir con mis invenciones de la *Dama Blanca*. Y además he de darte un dato útil... desde hace algunos días usa cota de malla, con lo cual no le entra ni bala ni puñal...

Reginaldo levantóse por fin y dijo:

— Tienes razón, princesa Regina, en tratarme como á un criado sin importancia que se presenta en tú alcoba de virgen, porque nada puedes temer de mí antes de que lo haya matado.

— Pero dime porqué quieres matarlo. ¿Es, acaso, porque me dió un beso? Él puede hacerlo, puesto que ha de ser mi marido.

— Eso solo bastaría para que yo lo matara, porque Stella ó Regina, es lo cierto que las fantasías de la Reina del Aquelarre me hacen sufrir atrocemente... Pero respeto tu secreto y además no tengo tiempo para insistir sobre ese punto... Si quiero matar á Carlos de Bramberg, no es por amor de tu persona, hija de Reinaldo Iglitza, sino por amor de Myrrha!...

— ¿Cómo así? preguntó la princesa con asombro.

— Voy á relataros una historia terrible. Creí que la conocíais y que por ese motivo me habíais aproximado al Príncipe Rojo, pero ya que la ignoráis, empiezo mi relato:

«... Estaba en Trieste con mi hermana que por aquel entonces daba maravillosas funciones de equitación. De cien leguas á la redonda venían al circo para ver las proezas que ejecutaba cabalgando en Darío. Atraídos por la fama de Myrrha llegaron á la ciudad unos jóvenes que viajaban de incógnito, escandalosos y juerguistas y tomaron en arrendamiento una quinta situada junto á la que ocupábamos mi hermana y yo á orillas del mar, en un paraje muy solitario. Sólo se sabía que habían dado un solo nombre: Hackler, el mismo de un célebre verdugo de nuestro país. Acompañábalos un criado llamado Stefano que era un coloso. Yo tenía entonces doce años y Myrrha, fastidiada por tan desagradable vecindad, prohibióme que hiciera amistades con ellos.

« Un día regresaba yo en mi ponney, que venía muy fatigado. El coloso, que me vió pasar desde la puerta de la quinta, observóme:

« — Cuando la cabalgadura está muy fatigada, no se le monta uno.

« — Entonces ¿qué se ha de hacer? preguntéle.

« — La carga uno.

« — Cargado vos.

« Rápidamente colocóse debajo de la barriga del animal, levantólo sobre los hombros, agarróle los cascos y condújelo á la casa como quien lleva una carga ligera. Otro día hizo lo propio estando yo sobre el caballo. Como me viera el asombro pintado en la cara, díjome:

« — Nisiquiera me corre una gota de sudor. Lo propio podría hacer con Darío y *la divina Myrrha* (así la llamaban en los cartelones) lo cual sería un número brillante del programa y me permitiría cambiar de amo, porque los que tengo actualmente me fastidian mucho.

« Nada dije á Myrrha de la proposición de Stefano porque ella me había prohibido terminantemente hablar con los vecinos, que de día se reposaban de las orgías nocturnas.

« Una noche me desperté sobresaltado, creyendo oír un grito desgarrador y que me pareció ser de Myrrha. Llamé á la vieja camarera Catalina y ésta me dijo que aun no eran las doce y que Myrrha no regresaba nunca antes de la una, lo cual era cierto.

« Torné á dormirme, pero á eso de las tres de la mañana, me despertó de nuevo el recuerdo del grito desgarrador. Corrí al cuarto de Myrrha, y no la encontré. Llamé á Catalina y nos miramos con terror. ¿Qué le habría sucedido?

« Salí corriendo de la casa. ¿A dónde me encaminaba? No lo sabía, pero un instinto secreto me impulsaba. Llegué á la quinta contigua y llamé á mi amigo Sté-

fano : no obtuve respuesta. Llegué hasta el pabellón del portero : no había nadie.

« Mudo, aterrado, permanecí ante la puerta de la casa abierta de par en par.

« Alguna voz interior me decía que allí estaba lo que yo buscaba, mas un atroz presentimiento me mantenía inmóvil como una estatua.

« Sacando valor de donde no lo tenía, grité : « Myrrha ! Myrrha ! »

« Y de pronto, como si no hubiese aguardado sino mi llamamiento, apareció Myrrha en las gradas de la quinta, por el negro hueco de la puerta abierta de par en par...

« Con paso inseguro, y palpando las cosas en derredor vino hasta donde yo estaba.

« Ordenóme callar y ver si no había nadie en el camino. Luego apoyóse en mi brazo y díjome que la condujera con precauciones porque se sentía enferma.

« A mí no me había pasado el terror, porque ella me miraba con ojos que no le conocía, ojazos tranquilos que parecían mirar sin ver.

« En casa encontramos á Catalina inquietísima y al ver á Myrrha tan cambiada quiso interrogarla, pero ésta la ordenó callar y que se fuera á acostar.

« Conduje á Myrrha hasta su cuarto y una vez allí soltóme el brazo y fuese al balcón, que daba sobre el mar, con gestos que aumentaban mi tórro.

« — Díme, Reginaldo, ¿ la noche está hermosa ?

« — Bien ves que está magnífica, Myrrha. ¿ Por qué me lo preguntas ?

« — ¿ Hay muchas estrellas ?

« — Muchas, Myrrha !

« Entonces lanzó un grito como el que ya había oído

horas antes. Corrí hacia ella, que se puso á sollozar, diciendo :

« — Nunca más volveré á ver las estrellas.

« Miréla en los ojos con horrible atención :

« — ¿ Qué te hicieron en los ojos, Myrrha ?

« — Nunca más volveré á ver las estrellas !

« A mi vez lancé un clamor desesperado, pues comprendí súbitamente la horrible cosa. Myrrha no estaba loca, estaba ciega !

« Pasamos aquella noche abrazados y llorando. Dormióse por la mañana y yo esperaba ansiosamente su despertar, que juzgaba sería inmensamente doloroso. No fué así. Estrechóme entre sus brazos y díjome :

« — De hoy en adelante serás mi hermanito protector... serás los ojos de Myrrha... si así lo quiere el Señor !...

« Comprendí que aun abrigaba una esperanza.

« Mandamos llamar un famoso especialista de Trieste y cuando salió del cuarto de Myrrha, lloraba á lágrima viva y marchóse sin contestar á mis preguntas.

« Corrí á abrazarla y díjome con gran tranquilidad :

« — Reginaldo, estoy ciega para siempre !

« Arrojáme á sus pies y supliquéle me dijese toda la verdad, jurándole que no era un niño y que sabría escucharla y conducirme como un hombre. Contestóme que antes de tomar una resolución era preciso procurarse dinero, porque no contábamos con nada absolutamente y para cobrar del circo era preciso terminar el contrato... Por eso había querido que no se supiera su desgracia... y además tenía gran esperanza en Darío !...

« Mas yo nada quería saber de todo eso, sino el secreto abominable... Exigile con cólera que me lo revelase y como persistiera en callar, marchéme á la quinta contigua, que hallé en el más completo desórden, y

recogiendo el cuchillo de Valaquia de Myrrha, volví donde ella y le hice tocar la punta.

« — ¿Qué es eso? preguntóme horrorizada.

« — Tu cuchillo de Valaquia, respondióle; lo encontré en la quinta vecina, donde ví un reguero de sangre en el comedor. Si no me dices enseguida lo que te ocurrió, te juro que me salto los dos ojos con el cuchillo de Valaquia.

« Pronuncié esas palabras con tal determinación, que su pobre semblante se transformó: había logrado en un momento hacerle entrever la única felicidad que aguardaba en la tierra, felicidad más intensa que todas las demás, Stella, que muchas veces sobrepasa la del amor... la felicidad de la venganza!...

« — Todo lo sabrás, chiquillo, contestóme Myrrha. Pero dime antes que todo ¿sabes lo que es el honor de una mujer? Pues bien yo lo he perdido, lo cual es algo tan terrible como perder la vista.

« Los jóvenes de la quinta contigua me hicieron fiesta en el circo desde la primera noche que asistieron al espectáculo. Uno de ellos, que parecía el jefe, lanzábame ramilletes después de terminados mis ejercicios. La directora del circo, amazona también, quejábase por rivalidad de que mi presencia producía escándalos y que yo autorizaba las locuras de esos jóvenes, uno de los cuales era mi amante. Una noche, después de haber recibido una propuesta estupenda de infamia firmada Hackler, arrojóme mi enamorado en lugar de flores una verdadera lluvia de piedras preciosas. El público rugió de indignación ante el escándalo y cuando salí, como siempre, á recibir los aplausos sólo escuché silbidos. Dime cuenta de lo sucedido y salí de nuevo á la pista montada en Darío. Indiqué al director de orquesta que tocara una marcha predilecta de mi caballo y pasé

danzando por frente al palco que ocupaban los jóvenes insolentes, le crucé la figura con mi látigo al que me había arrojado las joyas.

« El público aplaudió frenéticamente y al regresar á mi camarín encontré allí al director y á la directora que me felicitaron por mi digna conducta.

« Díjome el director que ahí estaban las joyas que habían arrojado á la pista y como yo le respondiese que nada me importaban, insinuóme que lo mejor era regalarlas á la directora. Accedí y sin escuchar siquiera sus frases de agradecimiento, marchéme directamente á casa. A la noche siguiente tomé la precaución de llamar un cochero conocido mío. Un día después desarrollóse la representación sin incidente alguno, mas al marcharme no hallé al cochero conocido y tuve que tomar el único coche libre que había frente al circo. Al bajarme del coche lancé un grito porque advertí que no estaba en casa sino en la quinta de junto. Rodeáronme unos jóvenes y á pesar de resistir heroicamente, metiéronme á la casa. Allí encontré al que me había arrojado las joyas y dejáronme á solas con él.

« — Soy el mismo, díjome. Se me puede reconocer fácilmente por la marca del latigazo.

« Contestéle que la víspera se había portado como un cobarde y que ese día se portaba como un bandolero.

« Respondióme que quería borrar la mala impresión producida por su locura y que me suplicaba únicamente lo acompañara á cenar. Accedí porque no era posible negarme á ello y después de un rato, cuando ya el vino se le había subido á la cabeza, volvióse rápidamente hacia mí y besóme en los labios. Mas, inmediatamente después lanzó un rugido de fiera herida y agitó la mano izquierda sobre los convidados, dejando caer sobre ellos una verdadera lluvia de sangre.

« Mi tiro había fallado. En vez de atravesarle el corazón, cortéle de raíz el dedo meñique de la mano izquierda. Los demás se arrojaron sobre mí brutalmente y colocándome sobre la mesa, me ataron con fuertes ligaduras. No proferí una sola queja. Mi mirada toda estaba concentrada en el mutilado insolente á quien los demás compadecían servilmente y lo excitaban á que tomara inmediata y horrible venganza... Miróme con ojos de odio increíble y cuando creí que iba á darme muerte abrieron la puerta del salón y presentóse Stefano. El coloso pidió excusas por su presencia y Hackler le preguntó :

« — ¿ También te emborrachaste esta noche, Stefano ?

« — Unos pocos tragos de vino tomé en compañía del portero, mi amo!... Y soltó una estrepitosa carcajada!

« — ¿ Por qué ríes ? ¿ Te hace gracia esa chica ?

« — En verdad, mi amo, tiene unas piernas bellísimas.

« — Á tu disposición están, Stefano, si quieres holgarte con ellas.

« Mantuviéronme entre todos y después de un largo silencio que fué una agonía espantosa, oyóse de nuevo la carcajada satisfecha del criado. Díjole Hackler :

« — Toma dinero, Stefano, y vete de este país si quieres vivir tranquilo. Marchóse el criado y Hackler ordenó que me soltaran.

« No dirás que me he portado mal contigo, díjome Hackler, porque si bien es cierto que te acaba de deshonorar un criado, él ignora quién eres y no puede propalar tu deshonor. He obrado como un caballero.

« Púseme en pie y mirélo fijamente, con ardor tan terrífico que apartó la vista.

« — Ya puedes voltear la figura que en todas partes te reconoceré. Tu criado ignora quién soy yo, pero yo no ignoro quién eres tú. Dondequiera que vayas te he de encontrar, te lo advierto. Ruega á Dios por tu alma!

« Todos se estremecieron.

« — ¿ Qué piensas hacerme ? preguntó Hackler.

« — He de darte muerte *como hace mucho tiempo no se acostumbra!*... Si no sabes qué cosa es una gitana, tu muerte te lo enseñará.

« Hablábales con tan fría seguridad que todos creyeron escuchar su sentencia de muerte. Mirélos á todos y les dije :

« — Todos hemos de volvernos á ver, caballeros!

« Con tono amenazante murmuraron :

« — Hackler!... Hackler!... es gitana y cumplirá lo que promete!

« Retiráronse á una pieza contigua y pocos momentos después vino uno de ellos á decirme :

« — ¿ En cuánto estimas tu silencio ? Además de los cincuenta mil florines en joyas que te dió Hackler, te dará cincuenta mil más en dinero. Los gitanos aman el oro y serás la más rica de las gitanas.

« Como yo callara, agregó :

« — ¿ Quieres más ?

« Entonces le escupí la cara y salió aterrado á relatar el incidente á sus compañeros.

« Cinco minutos más tarde volvió á presentarse y me dijo :

« — Escucha... es preciso que obres cuerdamente. Después de todo no eres sino una amazona de circo y gitana por añadidura... Podremos decir que viniste libremente á nuestra casa, el cochero lo atestiguará, negaremos la historia de Stefano y en cambio mi amigo podrá acusarte por intentona de asesinato.

Tienes como perspectiva la prisión, reflexiona, todavía es tiempo, nuestro amigo es poderoso y tiene muchas influencias... reflexiona!...

« Escupile de nuevo la cara y volvió á buscar á sus compañeros, preso de verdadero pánico.

« Media hora más tarde volvió por tercera vez el emisario pero permaneció á prudente distancia para no recibir un nuevo ultraje. Á dos acólitos que le acompañaban ordenóles que me condujeran á la cocina, lo que ejecutaron inmediatamente. Por la ventana se veía el mar, fué la última vez que lo vi y de él conservo una visión esplendorosa. Sobre las olas balanceábase dulcemente un *yacht* de placer, blanco y calmado como un cisne. Rodeáronme los jóvenes. Vi á Hackler ante un fogón, calentando al fuego mi cuchillo de Valaquia.

« Luego dijo :

« — Hemos de ver si es broma únicamente lo que ocurre en Miguel Strögooff!

« Comprendí que algo muy terrible me iban á hacer, é intenté huir, mas enseguida me ataron los pies y las manos.

« Con efecto, querían ponerme en condiciones tales que no pudiera reconocerlos.

« Hiciéronme arrodillar y mientras unos me mantenían fuertemente otros me abrieron los párpados.

« — ¿Estáis listos? preguntó Hackel, siempre de pie ante el fogón.

« — Os estamos esperando! contestáronle...

« Volvióse bruscamente con el puñal de Valaquia en la mano, arrodillóse frente á mí; y colocóme la hoja enrojecida sobre las pupilas dilatadas por el terror!... Lancé un grito tan espantoso que logró despertarte y se oyó á lo largo de la ribera. Dos de los bandidos, aterrados por su crimen, corrieron á cerrar la ventana mien-

tras que el verdugo continuaba pasándome y repasándome el puñal ardiente por sobre las pupilas. Quedé como muerta. Los criminales abandonaron la quinta llevándose todo cuanto pudiera denunciar su personalidad. Cuando volví en mí no me di cuenta instantánea de la inmensidad de mi desgracia. Ya no sufría é imaginé que estaba soñando. Mas de pronto levánteme!..., palpé en derredor... recordé la terrible escena... estaba ciega!... y deshonrada!... ¡Cómo vivir sin vista y sin honor?... Recordé que la ventana de la cocina daba sobre el mar... No tenía más que lanzarme y pondría fin á mis desdichas... Pero tu imagen, Reginaldo, presentóse á mi mente y comprendí que sin mí, joven é inexperto como eres, podrías perecer. Mi vida era tuya y me resigné á vivir... Inmediatamente después ví mi cariño recompensado... alguien me llamaba á grito herido!... eras tú! »

Durante el curso del relato, Regina había derramado abundantes lágrimas, que no advirtió Reginaldo, abstraído como estaba en el recuerdo terrible que le henchía el corazón de odio salvaje, odio gitano.

« — Stella mía, prosiguió él (llamábala Stella porque en el fondo de su alma tenía la convicción de que era á Stella, y no á otra, que hacía la terrible confesión) Stella mía, mi amor, mi reina!... Preciso es que sepas que mi hermana obró mal en esa ocasión tratándome como á hombre cuando en realidad no era sino un niño y como tal me comporté. Cuando Myrrha se hubo callado, pasóme las manos por el semblante y díjome :

« — Está bien que no llores, Reginaldo : eres un hombre. ¿Qué quieres hacer?

« — Ante todo saber quién es el verdugo. Stefano me lo dirá.

« — Desgraciadamente se marchó.

« — No importa. Stefano es un coloso; por donde quiera que pasa se hace notar y no tardaré mucho tiempo en encontrar sus huellas. Una vez que lo haya encontrado tendrá que hablar forzosamente.

« — Reflexionas y te expresas como un hombre, Reginaldo!...

« — Adiós, me marcho en busca de Stefano. Me llevo tu cuchillo de Valaquia.

« — Está bien pero acuérdate de que aun eres débil. Reinaldo, que era fuerte, era bravo como un león y astuto como un zorro. Ya que no tienes fuerzas, sé astuto, más astuto que el zorro.

« Esa misma noche hallé á Stefano en una taberna entre Miramar y Grignano, á donde se reunen los pescadores antes de darse á la vela. Estaba cenando en compañía de una hermosa *sarterelle*. Yo entré al patio caballero en mi *poney*.

« Habléme la sirvienta mas no le respondí. Nunca había experimentado semejante emoción; parecía que tuviera miedo. Por fin me divisó el coloso, asombrado de verme:

« — ¿Qué hacéis por aquí, señor Reginaldo? Á estas horas ya están acostados los chiquillos. ¿Mas por qué tembláis tanto? (Ya él había vuelto de su asombro.)

« — Es el placer de veros que me conmueve, Stefano. (Por dentro gritábame yo: He aquí al que le arrebató el honor á Myrrha!) Y no pensé ni un momento en pedirle datos acerca de Hackler sino que sólo veía al espantable coloso que le había arrebatado el honor á Myrrha.)

« — ¿Me buscabais? preguntó, desconfiado.

« — Sí tal, desde esta mañana, con motivo del *poney*.

« — ¿Con motivo del *poney*?

« — Sin duda. ¿Recordáis que me suplicaste hablara

á mi hermana para hacer un nuevo espectáculo en el circo cargándola sobre los hombros con caballo y todo?... Pues bien, ella accede... pero es preciso que vengáis á verla en seguida para estipular las condiciones...

« — Muy sensible es para mí no aceptar, pero ya tomé mi pasaje en el « Lloyd » y me embarco mañana para Egipto!...

« La *sarterella* púsose á dar gritos, pues ella ignoraba que su amante partiese tan pronto.

« Yo no me había apeado del *poney* y ya se me había calmado un poco al temblor.

« Dirigiéndome á la *sarterella*, le expliqué que Stefano era tan extraordinariamente fuerte que podía levantar sobre los hombros un caballo con su respectivo jinete. Si le diese la gana, agregué, podría ganar mucho dinero dando ese espectáculo en el circo.

« — Será posible! exclamó la amiga de Stefano, mirándolo con orgullo de arriba á abajo.

« La *sarterella* y la sirvienta de la taberna dijeron que aquello no era posible y que sólo viéndolo lo creerían.

« Stefano, con risa idiota, prestóse á ejecutar la hazaña.

« En un momento colocóse debajo del *poney* y sin mayor esfuerzo levantóse en alto. Las dos mujeres prorrumpieron en aplausos. Yo me incliné sobre el pescuezo del animal como para verle la cara á Stefano. Estaba rojo y tenía inflamadas las venas del cuello. Inclinéme más y con la rapidez del rayo le corté el cuello con el cuchillo de Valaquia. Cuando las dos mujeres advirtieron que el hombre estaba muerto, ya yo iba muy lejos, al galope tendido de mi *poney*. Al acercarme á casa, en medio de la alegría salvaje que expe-

rimentaba por haber matado al hombre que había deshonrado á Myrrha, asaltóme una grave preocupación : muerto Stefano, nadie podría darnos razón de Hackler, lo cual imposibilitaba la venganza de mi hermana. Eso no me lo perdonaría Myrrha en todos los días de su vida. Aterrado, permanecí dos días y dos noches á lo largo de la ribera, alimentándome con hierbas.

« Mientras tanto he aquí lo que sucedió en el circo. Myrrha hizo llamar al director y anuncióle que había perdido la vista súbitamente, lo cual desesperó al director, no porque Myrrha le interesara, sino porque debido al éxito de sus proezas de equitación, el público aflúa numerosísimo y el circo estaba alquilado con anticipación. Convinieron en ocultar la desgracia de mi hermana y hacer las cosas en forma tal que pudiera salir á la pista con Darío!

« Así hizo el primer día con éxito feliz y también el segundo, pero al tercero Darío saltó sobre las gradas donde estaba el populacho y Myrrha cayó por tierra herida y sin sentido.

« Al día siguiente supo por el médico que la cuidaba que Darío había herido gravemente á un espectador, imprimiéndole en la carne la marca de su casco, marca que parecía ser indeleble. Lo más curioso del asunto es que el espectador, una vez recibidos los primeros cuidados, se había marchado como un ladrón, sin dar nombre ni señas. Contóle el médico que ese sujeto tenía vendada la mano izquierda y le faltaba el dedo meñique de esa misma mano. Myrrha no podía abrigar duda ninguna : el espectador herido era Hackler!... Hackler que estupefactado por el anuncio de las funciones de Myrrha, quiso convencerse si mi hermana había conservado la vista y para ello no había venido

á un palco sino que se había mezclado al populacho que ocupaba las gradas, donde lo reconoció el animal vengador!

« Al tercero día regresé á casa y relatéle la muerte de Stefano. Ella me dijo :

« — Eres un chiquillo. Has debido hacerlo hablar primero.

« No me volvió á hablar de sus desdichas, pero yo la oía sollozar desesperadamente por las noches. A todas las alusiones que quise hacerle contestábame con evasivas. Yo me moría de vergüenza. Un día, ante un *jude* que iba con su tropa para la Puerta de Hierro y ante Myrrha juré por el cuchillo de Valaquia que moriría virgen si no lograba descubrir el monstruo que la había ultrajado y torturado y si no se lo llevaba á ella para que hiciese de él lo que quisiera! Ese día me amó con pasión y desde entonces nuestros corazones laten al unísono, en una misma espera de venganza! »

Detúvose Reginaldo y por último levantó los ojos hasta aquella que lo escuchaba con los ojos brillantes :

— Stella, amor mío, « colchonerita », gran Reina del Aquelarre, tú que para realizar tu empeño tomas la figura que te place... que hasta te haces llamar Regina de Carintia. he aquí mi obra!... He descubierto al hombre verdugo: es el Príncipe Rojo!... Lo he de matar con el cuchillo de Valaquia que ves aquí.

Regina, vuelta en sí por las últimas palabras que había oído, díjole :

— Obras aún, Reginaldo, como un chiquillo. Razón tenía Myrrha en no tratarte como á hombre. Le prometiste llevárselo vivo y quieres matarlo ya.

— Sin duda, si te vuelve á besar.

— Es preciso que Carlos de Bramberg bese á su novia, la princesa de Carintia.

- Lo he de matar.
 — No lo has de tocar: él pertenece á Regina, como tú á Stella!
 — Pero me darás su cuello.
 — De ninguna manera, su cuello me pertenece.
 — ¿Y sus ojos?
 — Te daré los ojos si te portas bien.
 — Vaya, si me hubieras hablado así antes, nada habría sucedido... Pero ya ves que no serás su esposa.
 — Por mi palabra de princesa real que seré su esposa.
 — ¿Su verdadera esposa ante el altar?
 — Su verdadera esposa ante el altar.
 — Morirá; le cortaré el cuello! Y soltándose de entre las manos de Regina que lo mantenían fuertemente, sacó el cuchillo de Valaquía.
 La princesa levantó los hombros.

— Guarda tu puñal y lee esta carta que me entregó mi hermana Stella para que te la diera. ¿Conoces la letra?

- Es de Myrrha. Leyó febrilmente:
 « Reginaldo mío: perdono y me entrego por completo, según tus deseos, á nuestra querida *Estrella*, nuestra bien amada Stella! Me marchó de este país que según parece es peligroso para nosotros; no dudarás que mi sola alegría y mi sola esperanza consisten en hallarme de nuevo junto á tí. Sé dócil, prudente y astuto con tus nuevos amos y obedece á la princesa, lo cual es preciso por todos conceptos!... Opino con *Estrella* respecto de las suposiciones que te ha inspirado el señor K... de B... : debes dejarlas de lado. El novio, el esposo de la princesa que te salvó la vida primero y la libertad luego, debe ser para nosotros tan sagrado como ella misma... Adiós, Reginaldo!.. Yo

obedezco... me voy... ¿á dónde?... no lo sé... Adiós, rogaré por tí á la Virgen de la Puerta de Hierro! —
 MYRRHA. »

— ¿Marcharse Myrrha? ¿Myrrha perdonar?... ¿Qué significa esto? ¿Dónde está Myrrha? Yo quiero saberlo!
 — ¿Dónde está? Sólo la « colchonerita » lo sabe, caballero Reginaldo, replicó friamente Regina... Yo lo ignoro, y sólo una cosa puedo deciros que tenéis la comprensión tan estrecha: sabed y tened entendido que la cabeza de Myrrha me responde del menor de vuestros gestos.

— ¿Responde la cabeza de Myrrha? Ah! ya te comprendo! Eres tú, Stella, mi novia, hija de Satán, reina de los demonios, quien ha inventado esa artimaña!... Separarme de Myrrha para hacerla sufrir... Eso es demasiado y voy á probarte que soy tu amo, por más Reina del Aquelarre que seas!... Hija de Carintia, soy tu rey!... Soy tu esposo y tú mi esclava!... El terrible juramento que hice no me liga más desde que descubri al hombre que he dematar mañana!... Ahora eres mía!... Tengo derecho para desatar tu corpiño, hija de Egipto!...
 — Inténtalo!...

Locos de ira precipitáronse el uno sobre el otro... Loco de amor y de odio Reginaldo desgarraba los vestidos de la princesa y ella mordíalo y arrancábale la piel furiosamente. La lucha fué terrible y breve. Regina estaba ya casi desnuda y vencida cuando recurrió á la astucia: suplicante, atrájolo hasta el salón y una vez allí, al mismo tiempo que le daba un beso ardiente en la boca precipitólo por una puerta que se abrió automáticamente y se cerró enseguida. Reginaldo estaba en el subterráneo. Lloró como todo un chiquillo que era y luego salió por la puerta de la tumba de la hija de María Teresa. Fué á la calle del Agua del Empera-

dor y encontró desierta la alcoba de Myrrha; sobre el escritorio había un papel de su puño y letra con esta sola palabra: « obedece! »

Al día siguiente regresó á la Hofburg. En el palacio todos estaban en los preparativos de viaje. Anunciaronle que acompañaría á la emperatriz Giselda y supo además que las gemelas de Carintia iban á veranear en la Jaula de Hierro de Neustadt, en la Selva Negra. Consideróse el más infeliz de los hombres.

VIII

EL CONVENTO DE LOS SERAFINES

La señora Bleichreider, Eduardito y Berta llegaron á Zelle por la noche. Reconoció la institutriz aquellos parajes que había recorrido al salir de Friburgo. No quedaba Zelle muy lejos de Todtnau, mas de ese lado el paisaje era menos bravío que yendo por el Valle del Infierno. Al día siguiente dióse cuenta de que fué allí donde conoció á Juanillo.

La señora Bleichreider poseía en esa región una casa de campo lujosa á la manera campestre, con animales como en una hacienda. Berta se holgó mucho con ello, porque gustaba de los animales.

El emperador poseía otra casa, no muy distante, situada en las cercanías de las históricas ruinas del castillo de Rœtteln.

No recordaban los campesinos que hubiera venido Titina á veranear sin que el emperador tomara algunos días de reposo en Rœtteln. Por eso, cuando hablaban de ellos, decían: « los enamorados » porque en efecto se adoraban.

Y cuando los veían vagar por algún lugar apartado

del bosque en compañía de Eduardito, siempre exclamaban : « Qué familia más hermosa! ».

Berta cumplía con repugnancia el deber de acompañar á Eduardo cuando éste salía á cazar mariposas. Berta era muy sensible y cuando veía que el chiquillo traspasaba con alfileres las mariposas que cazaba, parecía á ella que le traspasaban el alma. Dijoselo así, pero el bastardo imperial la examinó de arriba á abajo con aquel aire insolente que adoptaba para con la institutriz.

La Señora Bleichreider, que asistía á la escena, recomendó no se ocupara sino de iniciar á Eduardo en los secretos de la bella lengua francesa. Berta vengó á las mariposas mártires enseñando á Eduardito el lenguaje familiar bulevardero, advirtiéndole que aquello era de uso corriente en los salones de la aristocracia parisiense.

Tanto el chiquillo como su madre holgaronse mucho de aprender un lenguaje tan distinguido y prometieron asombrar al coronel, quien se preciaba de conocer á fondo el idioma de Corneille.

Entretanto desgarrábasele el alma á la institutriz, pensando en la suerte que había podido correr Juanillo.

Un día en que esta acompañaba á Eduardo, internáronse bastante en la Selva, hacia el lado de Todtnau. El chiquillo corría por un valle risueño que Berta no había visto hasta entonces. Y como lo perdiera de vista, corrió á buscarlo. Vió en el fondo del valle unas antiguas y altas murallas con aspecto de fortaleza; el chiquillo perseguía una mariposa á lo largo de los muros; llamóla ella, mas como no respondiese, echó á correr para alcanzarlo. Ella en pos de él saltaron por sobre una pared pequeña que era una especie de cerca en derredor

de un sembrado. Mientras el chico continuaba su caza, quedóse Berta suspensa oyendo unos quejidos infantiles que le parecieron conocidos. Luego oyó claramente que alguien decía en francés : « déme de beber! » Estremecióse de pies á cabeza : esa era la voz de Juanillo. Echó á correr y momentos después detúvose frente á un tragluz abierto á ras de tierra y cubierto por una cruz de hierro que no permitía salir sino suspiros. Arrodióse y miró hacia adentro : el interior estaba completamente oscuro... Pero no le era posible dudar... Juanillo agonizaba de sed...

Gritó con fuerza :

— Juanillo!... Juanillo!...

El joven debió pensar por qué milagro le venía del cielo aquella voz amada!... Con tímido acento preguntó :

— ¿Quién me llama? ¿Sois vos, Berta?

— Sí, soy yo; mas ¿qué hacéis ahí, por Dios santo?

— Rezo!...

— ¿Eh?

— Estoy rezando!... Dadme agua!...

— Está loco. Se ha vuelto loco, pero tiene sed, pensó la institutriz. Dios mío, ¿dónde he de encontrar agua? ¿En dónde estamos?

— En el convento de los serafines!... Dadme agua!... agua!..

— Voy á tocar á la puerta del convento!

— No hagáis tal cosa... Aquí no recibimos mujeres!...

— ¿Qué decís?

— Digo que en nuestra comunidad no se reciben mujeres! Agua!... Agua!...

— El pobre muchacho ha perdido la razón!... Mas decidme, ¿qué hacéis aquí?

— Estoy haciendo penitencia!...

- ¿Por qué causa?
 — Por mis pecados... Así lo dijo el padre prior!...
 — ¿De manera que sois monje?
 — Sin duda, soy *serafín* .. Pero me estoy muriendo de sed! Dadme agua... á mí que tanto os amé!...
 — ¿De modo que ya no me amáis?
 — No, contestó Juanillo exhalandó un suspiro desgarrador.

Berta, con el corazón traspasado, preguntóle porqué.
 — Porque es pecado!... Agua!... Agua!...
 — ¿Y en el convento no os dan agua?
 — Desde hace tres días no nos dan... y según parece no es esta la primera vez que así sucede .. En esta ocasión durarán ocho días sin darme agua... y sólo me dan de comer, bacalao salado... ah! canallas!... Perdóname, Dios mío, te he ofendido de nuevo!... *Pater noster, qui es in cælis!*... *Amen!*... Agua!...

— Voy á buscarla, exclamó Berta poniéndose de pie... El pobre chico está delirando y por eso dice que no me ama, pero ya veremos cuando se desaltere. Juanillo, corro á traeros agua!...

— Sí, Berta, traedme agua y si acaso no pudierais hacerlo, *traedme vuestra caja de colores!* ..

IX

LA EMPERATRIZ GISELDA

La institutriz, persuadida de que Juanillo había perdido completamente la razón, corrió á buscarle agua, mas á los pocos pasos se encontró con su alumno y con el robusto William, que venía en busca de ellos, pues, según dijo « el coronel » acababa de llegar y esperaba con impaciencia á su hijo.

Maldiciendo su mala suerte que así la separaba de Juanillo en tan críticos momentos, regresó Berta con William y el chiquillo á la casa de campo.

En el camino hallaron « al coronel » y á la señora Bleichreider, quien dijo á Berta que no debía alejarse de la casa con Eduardo sin que los acompañara William, y además agregó con tono seco que tenía libre el resto del día para hacer lo que quisiera. Á pesar de la poca amabilidad que habían gastado con ella, holgóse mucho Berta de poder dedicarle unas horas á Juanillo. Ya marchaba en dirección á la casa cuando de golpe vió dos sotanas entre el follaje. Disimulóse instintivamente y reconoció enseguida al reverendo padre Rossi. El otro ensotonado le daba la espalda. Pasaron los dos

por cerca de la institutriz y ésta oyó claramente que uno de ellos decía: « *Lo haremos esta noche aunque tengamos que quebrarle los huesos!* »

Preocupada como estaba con la suerte de Juanillo, no dudó un momento de que esa terrible amenaza se relacionara con él y no pudo contener un grito de terror, que afortunadamente no fué oído, al verle la cara al otro jesuita: era el paraguero ambulante de la Selva Negra, el propio Franz Holtzchener... el espía del Valle del Infierno!...

No cabía duda, pensó Berta, esos miserables torturaban á Juanillo! Y corriendo como una loca llegó á la casa donde se encontró de manos á boca con un individuo que salía cautelosamente del cuarto de Eduardo. Berta reconoció al tío Bautista y éste mostróse contrariadísimo de que le hubieran visto. Siguió corriendo hasta su cuarto, presa de verdadero é irreflexivo pánico.

— Vaya unas figuras patibularias que tienen todas estas gentes! exclamó la institutriz. Serenóse un tanto para que la domesticidad no advirtiera su emoción y pidió que le sirvieran la comida en su pieza. Colocó en un canasto toda clase de provisiones, con agua y vino naturalmente, y cuando ya se aprestaba á salir, recordó que Juanillo le había pedido la caja de colores.

¿ Querrá ponerse á pintar en la prisión? pensó Berta. Mas dudó si iría á buscarla, pues se hallaba la caja en el saloncillo contiguo al comedor donde estaban « el coronel », la Señora Bleichreider y Eduardito.

Decidióse por último á ir á buscarla con infinitas precauciones, cuando oyó que Eduardo hablaba á su padre en el lenguaje bulevardero que ella le había enseñado, lo cual dió por resultado que el emperador, furioso, preguntara quién le había dicho que se burlara de él.

En ese momento oyóse un estrépito de cristales rotos y de objetos que caían unos sobre otros.

— ¿ Quién sale de ahí? preguntó « el coronel. »

Un criado respondió:

— La institutriz.

Y como la señora Bleichreider le dijese que había sido Berta quien les había enseñado tales expresiones, ordenóle el emperador que la despidiese esa misma noche.

Llegaronse hasta la ventana « el coronel » y Titina. Los perfumes nocturnos ascendían de la tierra en medio de un silencio religioso. En el confín de la Selva Negra incendiábase el cielo con los últimos fulgores del crepúsculo. Oíase á lo lejos, en una cabaña, el canto de los zuequeros. El emperador, con la delicada mano de Titina entre las suyas, fuertes y rugosas, díjole:

— Amiga mía, por dondequiera que me hallo á tu lado soy el más feliz de los hombres; mas nunca saboreó tanto nuestra dicha como en medio de la tranquilidad y de la paz de este paraje retirado, lejos de todos los ruidos de la capital, del ajeteo de la política, del peso de mi terrible grandeza, y de todas las intrigas que nos acechan... y de todos los peligros que nos amenazan. Sin duda es aquí, mi querida Clementina, donde me siento más cerca de tí... Aquí únicamente dejo de ser emperador... Has sabido fabricarme á tu lado *un rinconcito tranquilo*. Que sea bendita esta hora y demos gracias á Dios!...

Guardaron silencio y en silencio besáronse largamente... luego abrióse la puerta y apareció el padre Rossi. Presencia tan inesperada como aquella dejólos estupefactos, pero el jesuita dijo algunas palabras al oído del emperador y éste lanzó una exclamación que no hubiera podido decirse si era de sorpresa ó de cólera.

Levantóse preso de gran agitación.

— ¿Qué sucede, amigo mío?

— La emperatriz está en esta casa. ¿En qué lugar se halla?

— En el gran salón, respondió el jesuita. La encontré á quinientos metros de aquí, caminando de manera tan resuelta, que temí una catástrofe irreparable y me atreví á hablarle. Preguntéle á dónde iba y sin contarme de palabra indicóme con la mano la casa de campo. Vine con ella haciéndole todas las reflexiones que una persona de mi estado y edad puede juzgar oportunas, pero continuó muda y resolví no dejarla sola. Al entrar, ordenóme : « Id y decidle al emperador que estoy aquí. »

El emperador tomó un revólver y con aspecto irritado, como el más vulgar de los amantes, fué al encuentro de la emperatriz. En vano trató de retenerlo Titina.

Tan pronto como Giselda vió á Francisco, exhaló un prolongado suspiro y dijo :

— Bendito sea Dios que llegué á tiempo.

Contemplóla él estupefacto, pues era la primera vez que veía reflejados en ese noble semblante los pesares y dolores, de tantas desgracias, de tantas catástrofes y de tantos crímenes!

¿Qué súbita pena, quizás más cruenta que las demás, había podido echar por tierra aquella fachada oficial de orgullo, de sublime indiferencia, de altaneró desprecio por todos los males de la tierra, tras de la cual ocultaba celosamente Giselda su alma tierna y amorosa desde los tiempos ya remotos en que el destino la había traicionado?

La vió tan pálida, tan desfigurada, que olvidó su ira y preguntóle ansioso :

— ¿Qué queréis?

— ¡Salvaros! contestóle. Tranquilizáos, sólo he venido por eso... Podéis estar cierto de que si veis en este lugar á la emperatriz es porque juzgué gravísimo el peligro.

Permanecía de pie y como el emperador le ofreciese una silla rechazóla ella diciendo que no se sentaría en semejante casa. Impaciente pidióle explicaciones el emperador.

— Francisco, díjole ella, hay en esta casa, cerca de vos, un hombre á quien es preciso enviéis á buscar inmediatamente. Es indispensable no perder ni un segundo. Me refiero al que aquí llaman el tío Bautista!

Asombrado contestóle el emperador :

— Señora, permitidme que me cause asombro oír pronunciar ese nombre por vuestros labios. Y ya que me obligáis á ello, os diré que en realidad la señora Bleichreider tiene un tío llamado Bautista, pero que no se halla jamás en la casa cuando estoy presente.

— ¿Lo sabéis con evidencia?

— Con absoluta evidencia.

— Francisco, sólo he venido aquí, porque aquí está ese hombre... y si no queréis hacerlo buscar, yo misma iré á llamarlo; preciso será que reconozca el timbre de mi voz.

Viéndola tan agitada el emperador, llamó á un criado y preguntóle :

— ¿Franz, está en casa el tío de la « señora »?

— No, mi coronel, no le hemos visto.

— Entonces ordenad, caballero, dijo Giselda á Francisco, que vigilen todas las entradas y que tan pronto como llegue le traigan aquí.

— Ejecutad lo que habéis oído, Franz.

El criado se inclinó y salió.

— Ese sujeto, *vuestro* tío Bautista me traía pocos minutos de delantera y seguramente se creía seguido, porque trató de hacerme perder sus huellas.

— Mas en fin, ¿decidme qué os ha hecho ese hombre, señora?

— Lo que me ha hecho y lo que aun puede hacer-nos, Francisco! Cuidate y cuida á los seres que amas! Escucha, ¿no recibiste anoche una carta anónima?

— Si tal. Mas ¿cómo lo sabéis?

— En que os anunciaban que la vida de vuestro hijo peligraba.

— Sin duda, respondió el emperador más blanco que un papel.

— Esa carta la escribí yo.

— ¿Vos?... Mas, ¿qué significa esto y cómo pudís-teis creer que peligrara la vida de mi hijo?

Si Giselda no sabía cuánto amaba el emperador á su hijo, súpolo á ciencia cierta por la manera como pro-nunció esas dos palabras : *mi hijo!*

El emperador prosiguió:

— ¿Quién diablos puede odiar á mi hijo? Él no es príncipe ni lo será jamás. ¿Quién osaría causarle daño?

— ¿Quién? dijo la emperatriz con semblante adolorido, pues ese hombre, el tío Bautista. ¿No sabes quién es, Francisco?

— Un pobre relojero... el tío de la señora Bleichreider.

— Os digo que es nuestro enemigo común y amante de su presunta sobrina, declaró Giselda con voz apagada.

El emperador sintió un choque horrible en el pecho, mas recobrando pronto su serenidad, díjole:

— Lo que acabáis de decir, Giselda, es abominable é indigno de vos.

Mirólo entonces de frente la emperatriz mostrándole sus tristes ojos que reflejaban la más pura y más noble desesperación.

— Francisco, contestóle ella con voz grave y pausada, mucho habéis sufrido y temo que aun sufriréis más... Pues bien, á pesar de eso, yo, que os he amado, he sufrido mucho más que vos. ¿Me habéis oído quejar alguna vez?...

— ¿Entonces qué significa esto?

— Esto significa que no se trata de mí sino de vos y que si he podido callar mi amor durante tanto tiempo, hoy juzgo un deber daros cuenta de lo que sē... No creáis, Francisco, que se trata de una vil acusación ó de un horrible deseo de venganza... Hace años sabía yo que ese sujeto era el amante de... de... de su sobrina... y nada os dije. Sí, de lo único que me acuso es de haberos ocultado esa verdad... ¿Cómo lo supe?... Aquí es donde necesito que me perdonéis... Jamás sabréis cuánto sufrí en los comienzos de vuestra aventura... Quise cerciorarme de mi desgracia... palparla... y para ello os espíe... os seguí por las noches, ocultándome como la más vulgar esposa ultrajada... Derramé lágrimas amargas que ya hoy están secas... y mientras os vigilaba... descubrí al otro... al tío... obtuve datos fidedignos... Francisco! ten cuidado... ese individuo no es su tío!... Ese sujeto la sacó no se sabe de dónde!...

— Callad, Giselda, no puedo continuar escuchándoos!...

— Ese hombre os odia, Francisco!... y odia á vuestro hijo! Ese hombre me espanta!... ¿Y sabéis á quién se parece?... Eso es lo más terrible!... Pero no debéis saberlo porque nunca le habéis visto los ojos! Mas yo sí, se los vi ayer... y sentí que su mirar me fulmi-

naba!... Mas no es posible, Dios mío, no es posible, quiero dudar aún!... Lo que no puedo poner en tela de juicio, Francisco, es lo que oí ayer... el odio formidable que le tiene á vuestro hijo!... y el que os profesa á vos!... Ah! quiero ver de cerca á ese hombre, palparlo, tocarle los ojos, sobretodo los ojos... y preguntarle quién es, porque si su boca no me contesta, de seguro me contestarían sus ojos!...

Permaneció mudo el emperador mientras hablaba Giselda y cuando ésta hubo callado, púsose de pie y dirigióse hacia la puerta.

— ¿Á dónde vas?

— Puesto que ese hombre no está aquí para deciros quién es... hay alguien en casa que puede responderos en su lugar... su sobrina!

— Si quieres desatarle la lengua, Francisco, dile esta sola palabra : *Bárbara!*

— ¿Bárbara? ¿Por qué ese nombre?...

Volvióse hacia la emperatriz, mas la vió tan débil que quiso hacerla sentar. Ella rechazó el ofrecimiento :

— No en casa de esa mujer!...

Mostró tanta pena el emperador que á ella se le salieron las lágrimas y así le dijo en tono cariñoso :

— Os pido perdón, amigo mío, por haberos causado tan horrible pena... mas la he ocultado hasta donde ello me ha sido posible... Cuando supe que el objeto de vuestro amor no era sino una mujerzuela conocida en ciertas esferas con el nombre de Bárbara, dejé correr el tiempo, fiada en vuestro corazón y en vuestra experiencia!... y traté de olvidar... Tantas otras penas vinieron después de esa que llegué á creerme completamente curada!

« Y además, Bárbara ó María, ¿qué podía importarme? No Francisco, nunca se habría presentado en

este lugar la emperatriz de Austrasia si no hubiera sido por lo que vi y oí.

« Escúchame primero y luego le hablarás á ella, delante de mí si quieres, porque es preciso que sepas quién es ese hombre. Préstame atención.

« Ayer por la mañana cuando me dirigía al castillo de Schaffouse á bordo del buque que atreviesa el lago Constanza, ví de pronto enfrente á mí á un hombre que se apoyaba en la varanda con aspecto de honda preocupación. Reconocí en él al tío Bautista, que yo sabía había sido el protector de Bárbara é inspiróme tal asco su presencia que hubiera deseado desembarcarme enseguida.. pero he aquí que al atracar el buque sufrió un cimbronazo y el sujeto de las antiparras verdes que se hallaba adelante con ánimo de desembarcar el primero, estremeciése con el choque y cayéronse las antiparras. Recogiólas apresuradamente, pero yo tuve tiempo de verle los ojos. Ah! Francisco, te digo que lo reconocí : esa mirada podría distinguirla entre todas las miradas de la tierra á pesar de los años que han pasado... porque era... era... la mirada de Jacobo!...

— ¿De Jacobo?...

— Francisco, te aseguro que ví á Jacobo Ork!

— ¿Has visto á Jacobo Ork?

— Sí, tu « tío Bautista » es Jacobo Ork.

El emperador permaneció anonadado pensando :
« Giselda está loca de atar. »

X

EL RELOJERO

Hablóle con cariño :

— Giselda, es preciso obrar con cautela, vemos en todas partes á Jacobo Ork.

— Ya veo ; crees que me he vuelto loca... mas es lo cierto que yo misma me creí víctima de la locura... y para cerciorarme corrí tras esa mirada... Desgraciadamente el hombre huía... Hicelo buscar por mis camareras y por mi joven profesor de gitano, el caballero de Tania y Regina que me acompañaba :

« Enteróse rápidamente el joven de que en Constanza había un relojero llamado Bautista que tenía tienda en las afueras de la ciudad pero que no la abría sino algunas semanas por año. A nadie dirigía la palabra y para todos era un misterio. Los clientes de la casa parecían venir de lejos y no eran de aspecto tranquilizador.

« Díjele á Reginaldo que llamara á la puerta, mas nadie respondió. Entonces una vecina que también tenía recelos del relojero brindóme su casa para que pudiera observarlo por un hueco de la pared. Así lo

hice y vi al tío Bautista en compañía de un sujeto embozado hasta los ojos que clavaban una caja. No sé porqué parecióme conocer al embozado, pero es lo cierto que sus ademanes no me eran desconocidos. Varias veces les oí pronunciar tu nombre y el de tu hijo con expresión de odio inconcebible... Por la puerta trasera varios clientes golpeaban de cierta manera y mostraban un reloj al entrar. Bautista los examinaba y á unos decía « Marcha perfectamente », mientras que á otros les declaraba : « Voy á componérslo por última vez!... » Parecían todas aquellas gentes salteadores de caminos. Cuando se iban deciales Bautista : « Hasta muy pronto, el momento se acerca!... »

Por último besó á una vieja espantosa á quien llamaba Giska.

Ya parecía terminarse el desfile é iba á bajarme del observatorio, cuando sonaron tres aldabonazos en la puerta. Penetró un sujeto bien vestido pero con aspecto de criado... é inmediatamente oí que hablaban de la casa de campo y de Eduardo... Á una señal de Bautista respondió el visitante : « Es pasado mañana! »

— ¿Cómo? preguntó Francisco con voz angustiada

— Te digo que el hombre de las antiparras verdes habló de tu hijo con alegría tan siniestra que pronunciaba el nombre entre los dientes como si lo estuviera estrangulando!...

— Dios mío, qué monstruo es ese!

— Sin duda tu más cruel enemigo, Francisco. Intenté penetrar en la casa del relojero, pero ya éste se había marchado, seguílo durante un día y una noche con ánimo de alcanzarlo y entre tanto te envié esa carta. . Más bendito sea el cielo que llegué á tiempo para evitar una nueva desgracia!... Averigua quién es ese hombre, Francisco! Pregúntaselo á la mujer que

amas!... Adiós, excúsame por haber venido á interrumpirte... he hecho por tu hijo... lo que hubiera hecho por el mío si aun me restara uno á quien salvar!...

Recibióla el emperador entre sus brazos á pesar de que se sentía tan débil como ella...

Era preciso saber quién era el hombre que tanto odiaba á su hijo...

La emperatriz lanzó una exclamación al ver sobre la chimenea un reloj que tenía grabada la misma inscripción que los relojes-calaveras :

A las dos y cuarto
y del tiempo al son :
Que Jesús se encuentre
en tu corazón.

— Ese reloj me lo trajo el padre Rossi quien lo halló en el bolsillo de un joven á quien interrogan en este momento... no muy lejos de aquí... en el convento de los Serafines...

— Francisco, recuerdo que los que entraban á ver á Bautista le mostraban relojes como ese...

— Giselda, díjole el emperador, has venido á salvarme porque en realidad yo no podría sobrevivirle á mi hijo... Pero también has acusado de la más horrosa de las infamias á una mujer que yo consideraba pura é inocente... Es preciso que tú le hables... á tí te responderá... ha de hablar delante de tí.

Y el emperador hizo llamar al padre Rossi para que trajera en persona á Clementina.

Cuando estuvieron en el salón suplicó el emperador al padre Rossi que asistiera á la entrevista. Clementina estaba pálida como una muerta y al verse frente á la emperatriz postróse de rodillas.

XI

LA QUERIDA DEL EMPERADOR

— Levantaos, señora, que pesa sobre vos una terrible acusación y sólo los culpables imploran arrodillados, y al mismo tiempo dad las gracias á vuestra soberana por el más señalado servicio que se le puede prestar á una madre.

Clementina no podía explicarse lo que sucedía... Un terrible presentimiento le agarrotaba la garganta privándola del uso de la palabra y permanecía de rodillas sin atreverse á mirar á la emperatriz.

El emperador le dió la mano para que se pusiese en pie y díjole :

— Dad las gracias á la emperatriz por haber salvado á vuestro hijo de un grave peligro...

Instantáneamente recobró Clementina el uso de la palabra :

— ¿Quién puede hacerle daño á mi hijo? Él no le ha hecho nada á nadie... ni yo tampoco... ¿Quién puede desear la muerte de mi hijo?

— Vuestro tío, señora.

— ¿Mi tío? ¿cuál tío?